

REFLEXIONES EN TORNO A LA TEMPORADA MUSICAL DE INVIERNO DE 1963

por César Cecchi

Una temporada no es ni puede ser necesariamente un todo orgánico y coordinado, ni puede regirse en su estructuración por designios culturales o pedagógicos. Está sometida, por cierto, a un número grande de contingencias, entre las cuales las económicas (o, mejor, las comerciales) no son las que pesan menos. Pero cuando los organismos organizativos son estatales, como la Universidad de Chile, la Municipalidad de Santiago, o la Biblioteca Nacional, o son los diferentes Institutos Culturales, se supone que habrá una ordenación de los programas que se base en alguna idea directriz beneficiosa para el público auditor. Sin embargo, el trimestre pasado —que corresponde al período de conciertos más importante en Santiago, vale decir, a la temporada de invierno— hemos visto una programación particularmente anárquica. Lo ha sido tanto en su formulación inicial como en su resultado real; a este último lo entorpecieron huelgas y otros incidentes que perturbaran la ya discutible organización inicial. Debemos lamentar, en primer término, la coincidencia, en un mismo día, de tres o más conciertos importantes seguidos de varios días sin música, con lo que se priva al público de la posibilidad de asistir a varios de ellos. Esto explicaría, además, la falta de auditores en más de alguno. Es de esperar que, en un futuro próximo, se acuerde solucionar este inconveniente.

La concurrencia se refiere también a la repetición de más de una obra en la temporada. Se debe llegar a un acuerdo en las programaciones, con lo que se evitaría esto y se haría llegar a nuestros espectadores una mayor cantidad de obras.

El Instituto de Extensión Musical de la Universidad de Chile ofreció su ciclo ya tradicional de conciertos sinfónicos de abono en el Teatro Astor. De los dieciséis conciertos programados se realizaron, a causa de la huelga universitaria, sólo trece. Entre los conciertos suspendidos se

contó aquel dedicado a la ejecución de *Judas Macabeo* de Haendel, obra que coronaba el ciclo y que era la obra básica del año del Coro Universitario. Esperamos que se pueda efectuar en una fecha próxima. Como todos los años, el interés trató de apoyarse en la visita de directores extranjeros. Nos preguntamos: ¿es ésta una política eficaz? Pensamos que sólo lo es parcialmente. Este culto a los intérpretes —ciertamente muy respetable y muy defendible— no puede menoscabar el acento que hay que poner en los programas mismos, en la elección de obras que signifiquen un verdadero aporte cultural y espiritual.

Si revisamos los programas de los trece conciertos, debemos señalar como los más importantes —quizás los únicos importantes— la ejecución de *Paz en la Tierra* de Schönberg, de los conciertos para violín y orquesta de Stravinsky y Bartok, de las seis piezas para orquesta, op. 6 de Webern y de las cuatro sinfonías de Brahms. El resto obedeció a una programación convencional. Las dichas obras tuvieron, felizmente, versiones de alta calidad musical y técnica. Así, el maestro Scherchen obtuvo del Coro Universitario una emocionante interpretación de la obra de Schönberg; el maestro Tevah demostró una vez más su concepto fundamentalmente tectónico de Brahms, pero al cual a menudo le falta un temple más cumplido de lirismo melancólico (a veces, como en la *Segunda Sinfonía*, trató de obtenerlo por medio de un excesivo ablandamiento en la expresión); Juan Pablo Izquierdo entregó una versión sólida y clara de la obra de Webern, y Pedro d'Andurain y Stefan Terc fueron dos autorizados intérpretes de los conciertos de Stravinsky y de Bartok, respectivamente. Pensamos que, para trece conciertos, el resultado es pobre.

Comentario aparte merece la música chilena en estos programas de la Orquesta Sinfónica. En general, pensamos que sus ejecuciones han sido desafortunadas. Se ha tenido la sensación —quizás algo injustificada— de que las obras nacionales no fueron estudiadas adecuadamente, con la debida penetración e, incluso, con el respeto que se merecen. Algunas de ellas, ciertamente, son sólo intentos honorables; otras son ensayos frustrados. Pero pensamos que hay la obligación moral de poner en ellas el mayor y mejor trabajo preparatorio con el fin de que lleguen al auditor en su verdadero valor —o desvalor— y para que sirvan a los compositores como medida de un camino —que puede ser progresivo— tanto individual como de grupo o colectivo. De las obras chilenas ejecutadas, el más alto nivel de realización técnica y musical correspondió a los *Tres Preludios Dramáticos* de Santa Cruz, la mejor de las obras sinfónicas de su autor y que Scherchen dirigió en su exacta dimensión, con su romanti-

cismo intenso más su clara estructura formal. Le siguió la cantata *América Insurrecta* de Fernando García, obra de gran efecto, quizás excesivamente concentrada y donde el Coro Universitario y Tevah cumplieron un trabajo magnífico. En cambio, el concierto para guitarra y orquesta de Letelier fue interpretado como una mera lectura que impidiera su debida valorización. Lo mismo ocurrió con la Primera Sinfonía de Garrido-Lecca, dirigida por Vogel Wangenheim, cuyos primero y segundo movimientos fueron expuestos con claridad, pero sin mayor profundización de sus contenidos emocionales, y a cuyo tercer movimiento no se le dio, siquiera, una lectura mínima.

La visita de directores extranjeros se debe justificar por algo más que por la posibilidad de escuchar sus interpretaciones de obras que se repiten año tras año y con el fin de establecer comparaciones de versiones diferentes. A maestros tan eminentes como Scherchen habría que proponerles obras que signifiquen un aporte más trascendental.

A la temporada de música de cámara, realizada en el Teatro Antonio Varas bajo el signo de la difusión de este tipo de música, habría que objetarle una falta de integración en una idea global aún mayor que la de la temporada sinfónica. Sin embargo, aisladamente, debemos reconocer que algunos de los conciertos ofrecidos han sido, en general, de los más importantes de la temporada de invierno. Por ejemplo, el extraordinario concierto en que el Cuarteto Santiago tocó *Noche Transfigurada* de Schönberg, los Cinco Movimientos, op. 5 para cuerdas de Webern y la *Suite Lírica* de Berg, es decir, un concierto donde fue posible, en excelentes versiones, seguir en forma sintética, a través de tres obras cumbres, la evolución de la música del siglo xx desde el momento de la más extrema disolución de las formulaciones clásicas hasta aquel recodo en que cambia de dirección en busca de nuevos conceptos y nuevo uso del sonido, muy diferentes y hasta opuestos a los tradicionales del mundo europeo. Igualmente valioso, tanto por la obra en sí como por la interpretación, fue la magistral versión del *Winterreise* de Schubert, por Siri Garson y Alfonso Montecino, donde ambos intérpretes se articularon en la más íntima y precisa unidad de estilo para decirnos este ciclo de "lieder" cuya sustancia es la muerte expresada en un lenguaje elíptico a la vez que simbólico.

Un concierto de alta categoría fue el ofrecido por Julio Perceval y el Coro de Cámara de Valparaíso, que dirige Marco Dusi, con obras de Bach para órgano y la *Oda Fúnebre* del mismo compositor.

Las observaciones anteriores sobre la programación del Instituto de Extensión Musical pueden ser aplicadas también a la programación de la Municipalidad de Santiago y de la Orquesta Filarmónica y a sus pro-

gramas de cámara. También en este caso el interés fundamental se apoyó en el atractivo de directores y de solistas de renombre internacional. Sin embargo, no siempre el renombre corresponde a valores verdaderos. Así, los directores Laszlo Somogyi y George Barati no justifican su inclusión en programas de una temporada de abono. Las versiones que el primero ofreciera de obras de Beethoven respondieron a conceptos totalmente equivocados y hasta desconcertantes por su falta total de dramatismo y de grandeza; lo mismo ocurrió con Beethoven en el caso del segundo. Esta equivocación conceptual ocurrió también con Berlioz en manos de Barati y con Brahms en manos de Somogyi. Los conciertos dirigidos por Juan Mateucci alcanzaron niveles muy superiores a los de estos maestros extranjeros, especialmente en sus interpretaciones de Haydn y de Lalo. La visita del maestro italiano Alceo Galliera ha sido, seguramente, el acontecimiento sinfónico más importante del año y, quizás, de muchos años. Se trata de uno de los más profundos intérpretes contemporáneos, un artista que une la más acabada técnica a la mayor nobleza del espíritu, fenómeno que nos atrevemos a calificar de moral. Por lo menos tal ha sido el efecto que lograra —con una Orquesta Filarmónica que en sus manos ha superado su estado de preparación actual— con obras como la *Sinfonía en Mi bemol mayor* de Mozart (donde partió de una concepción que une lo romántico con lo clásico en una suma perfecta), la *Quinta Sinfonía* de Beethoven (donde alcanzó el más doloroso "pathos" y la afirmación espiritual-ética más conmovedora), la *Segunda Sinfonía* de Brahms (donde nos mostró la "continuidad" de dicha partitura como sólo la habíamos escuchado con Fritz Busch) y con la ejecución del *Réquiem* de Verdi, obra esta última que ha resultado el momento más importante de la temporada sinfónica de Santiago.

La temporada de la Orquesta Filarmónica ha contado con solistas espléndidos. Nicanor Zabaleta tocó el concierto para arpa y orquesta de Rodrigo con una perfección tal, que transformó su ejecución en un factor más importante que la obra misma. Alfred Brendel brindó una cultivada a la vez que vital versión del concierto para piano y orquesta en Si bemol de Mozart. En cambio, el concierto para piano y orquesta en Do menor de Beethoven tuvo en Ania Dorfman y en Somogyi a dos intérpretes tan equivocados, que su versión lindó en lo risible.

Los conciertos de cámara auspiciados por la Orquesta Filarmónica tuvieron un momento magistral: el del recital del flautista suizo Peter-Lukas Graf, quien, brillantemente acompañado por Elvira Savi, produjo un efecto mágico; todo en él es perfecto: sonido, sentido del "tempo" y del ritmo, fraseo, penetración intelectual de las obras; emoción, transfiguración poética y exacta diferenciación estilística de cada compositor.

Brendel ofreció un sólido programa sobre la base de Mozart, Schubert y Brahms, con gran seriedad interpretativa y una mecánica deslumbrante. Lo mismo hay que decir del violinista Zvi Zeitlin, del pianista Galvarino Mendoza y del concierto ofrecido por Siri Garson, Hanns Stein y por el Quinteto de Vientos de la Orquesta Filarmónica. En cambio, Ania Dorfman dio un recital en que se pusieron en evidencia sus limitaciones y su concepto excesivamente subjetivo de la interpretación. La Berliner Camerata Musicale demostró ser un grupo desigual, desequilibrado, pero que presentó un interesante programa de obras que nunca se escuchan en nuestro medio (Ksommer, Stamitz, etc.).

Los conciertos ofrecidos por la Biblioteca Nacional y por el Instituto Chileno-Alemán de Cultura constituyeron aportes básicos, en la música de cámara, de la actual temporada. Podemos asegurar que gracias a ellos, más los programas del Instituto de Extensión Musical y los de la Municipalidad de Santiago, la música de cámara ha sido en esta temporada de invierno más interesante e importante que la música sinfónica. Tampoco lo realizado por ellos correspondió a una programación orgánica. Pero también en sus espectáculos ha habido momentos ejemplares, momentos que deben contarse entre los más sobresalientes del año. En primer lugar, señalemos la profunda impresión dejada por el Cuarteto Endres y el clarinetista Starke, quienes nos deslumbraron con una inmejorable interpretación del Quinteto con clarinete *K. V. 595* de Mozart y una muy seria interpretación del Quinteto con clarinete de Brahms (a la cual sólo podemos objetar una pequeña tendencia del clarinetista a una interpretación más decorativa que temática en ciertos pasajes, especialmente en el segundo movimiento) y una sólida versión del Cuarteto N° 1 de Honneger. El Cuarteto Santiago tuvo a su cargo algunas interpretaciones muy importantes, como el Quinteto con voz de Schönberg (con el concurso de la voz, tan particularmente adecuada para esta obra, de la soprano Clara Oyuela). El Teatro de La Comedia fue testigo de estos conciertos nocturnos del Instituto Chileno-Alemán de Cultura y del Goethe-Institut, conciertos que ya constituyen una pequeña tradición en nuestro medio y de los cuales esperamos no sólo su mantenimiento, sino su aumento.

El Instituto Chileno-Brasileño de Cultura auspició tres conciertos con programas fundamentalmente basados en música brasileña, lo cual es digno de aplauso. Uno de ellos fue ofrecido por el Cuarteto Oficial de la Escuela de Música del Brasil, conjunto particularmente homogéneo. Los otros dos conciertos estuvieron a cargo del pianista Homero Magalhaes, artista de técnica limpia y segura, pero cuyos conceptos interpretativos son a veces algo superficiales. De las obras brasileñas ofrecidas, la de ma-

por interés ha resultado Villa-Lobos. Tanto en él como en Camargo Guarnieri, Krieg, etc., es evidente la impronta de la música folklórica, o, mejor, de la música negra. (La música brasilera y la música mexicana son, sin duda, en Latinoamérica, las más influidas por el elemento vernáculo y esto es comprensible si se piensa en el peso que ejerce una densidad de población autóctona mayor que la que tienen otros países, por ejemplo, Argentina y Chile, donde justamente la música cultivada presenta rasgos predominantemente europeizantes antes que folklóricos o nacionalistas). La nueva política de la Biblioteca Nacional para el empleo de su Auditorium no puede recibir sino alabanzas. Sus conciertos han tenido la marca de lo novedoso y de lo excelente. Su ciclo de música de piano de compositores chilenos ha permitido tener un panorama casi integral de lo que nuestros músicos han escrito para este instrumento. Ha sido posible, por ejemplo —gracias a muy serias interpretaciones de Flora Guerra, Montecino, Moraga—, establecer el cambio que se está produciendo en la nueva generación con respecto a la inmediatamente anterior, un cambio en favor de una escritura más apretada, más condensada y más rigurosa. También en este Auditorium escuchamos un curioso concierto de música vocal sudamericana a cargo de Clara Oyuela y Zita Müller, y un concierto, discutible, de la pianista Margarita Laszloffy. Allí realizaron también algunas presentaciones las Juventudes Musicales Chilenas, en las que tuvo especial lucimiento el Trío de dicha agrupación.

Si se nos permite hacer una síntesis valorativa de lo ocurrido en el trimestre invernal, debemos seguramente señalar, en primer lugar, la importancia que ha tenido la música de cámara, cosa que no ha sido lo habitual en nuestras temporadas invernales anteriores. No pretendemos que esto signifique una mayor acogida de parte del público. ¿Implica, acaso, una señal promisoria de que este tipo de música está recibiendo una comprensión más general? No nos atrevemos a asegurarlo. Pero pensamos que nuestras autoridades deben meditar en esto y programar en las temporadas futuras ciclos integrales de obras tan importantes como los cuartetos de Beethoven y de Bartok, o de las sonatas de Mozart, o de la música de Schubert, o de la de algunos modernos, etc. En cambio, hemos comprobado una leve disminución del interés por los conciertos sinfónicos. ¿Causa? Quizás la económica. Pero quizás ocurre que el público exige programas más interesantes e intérpretes más importantes, que hay en él la necesidad de oír obras cuya ejecución se realiza con menos frecuencia, es decir, programas menos convencionales.

En todo caso, la temporada nos ha ofrecido dos o tres momentos eminentes: el recital de Peter-Lukas Graf, los conciertos de Alceo Galliera, *Paz en la Tierra* de Schönberg, los conciertos del Cuarteto Endres.

Una mención especial merece la presentación de *Dido y Eneas* por el Departamento de Música de la Universidad Católica. La parte musical, bajo la dirección de Juan Pablo Izquierdo, y la parte vocal, preparada por Frederick Fuller, han sido de primera categoría, rigurosamente ceñidas al espíritu y al estilo de la obra. En cambio, la parte escénica, a cargo de Eugenio Dittborn, con decorado de Bernardo Trumper, trajes de Fernando Colina y coreografía de Hernán Baldrich, parecieron ajenos tanto al espíritu de la música como al del texto dramático.

¿Objeciones a la temporada en general? Las que ya señalamos al comienzo de esta revista sumaria. Primero, la falta de una consulta previa entre nuestras autoridades musicales para que no se incurra en la repetición de obras y para evitar la coincidencia de varios conciertos en un mismo día, para establecer una programación que permita a nuestros amantes de la música, asistir a conciertos que deben a veces, con pesadumbre, dejar de lado, como ha sucedido este año en más de una ocasión. Segundo, la necesidad de tratar de ofrecer ciclos integrales de ciertas obras o de ciertos compositores (este año sólo se realizó la ejecución integral de las cuatro sinfonías de Brahms), criterio que tiene la ventaja de lo pedagógico y que, sospechamos, tiene el favor de nuestro público. Y tercero, la falta de un verdadero homenaje al sesquicentenario del nacimiento de Richard Wagner: tanto la Orquesta Sinfónica como la Orquesta Filarmónica se limitaron a la selección de tres o cuatro trozos que no alcanzaron a constituir sino un mínimo recuerdo de un creador problemático, dudoso, desigual, pero grande y más que importante.

